

vista de éstos tal ánimo, que emprendieron el asalto por viva fuerza y lo consiguieron como á la media hora de comenzada la accion. Por tanto quedó al descubierto la caballería de los españoles; sus gefes intentaron en vano maniobrar con ella, porque no fueron obedecidos de sus soldados; el intendente tocó retirada replegándose á lo interior del fuerte, y los indios se apoderaron de los caballos. Notó el Sr. *Riaño* que el centinela de la puerta habia abandonado el puesto dejando allí el fusil; tomólo reemplazando á dicho centinela y comenzó á hacer fuego con su arma. Un cabo de Celaya reparó en el denuedo y brio con que evolucionaba aquel militar, que ademas llamaba la atencion por lo bien agestado: dá pues un brinco para tomar un mampuesto, le mete el punto, y dispara con tanto acierto, que le entró la bala arriba del ojo izquierdo, y ademas descalabró con la misma á un cabo del batallon de Guanajuato que estaba á sus espaldas: así murió el intendente *Riaño*. Recojieron sin demora su cadáver, y lo condujeron al cuarto numero 2 donde se representó una escena harto dolorosa: abrazóse de él su hijo D. Gilverto; despechado tomó una pistola para matarse, pero los que le acompañaban le ofrecieron poner en el punto mas peligroso para vengar la sangre de su padre; esta oferta le calmó un tanto, y marchó luego á desatar su furia sobre sus enemigos.”

“Luego que murió *Riaño* se cerró la puerta de la Alhóndiga: se dividió su guarnicion y ocupó las ventanas y puertas de la hacienda de Dolores, desde cuyos puntos hacia un fuego vivo y estragoso en todas direcciones. Entonces los americanos comenzaron á dar barrenos en una esquina del edificio para penetrar por el caño principal, é introducirse en el interior. Aquí mostraron el vigor de unas tropas familiarizadas con el fuego y los combates mas árdulos, así como el pueblo su mas exaltado patriotismo. El general Hidalgo convencido de la necesidad de penetrar en lo interior de

Granaditas nada omitía para conseguirlo. Rodeado de un torbellino de plebe, dirigió la voz á un hombre que la regenteaba y le dijo. . . . *Pípila... La pátria necesita de tu valor... ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga? . . .* La empresa era arriesgada, pues era necesario poner el cuerpo en descubierto á una lluvia de balas; *Pípila*, este lépero comparable con el carbonero que atacó la Bastilla en Francia, dirigiendo la operacion que en breve redujo á escombros aquel apoyo de la tiranía, sin titubear dijo que sí. Tomó al intento una losa ancha de cuarton de las muchas que hay en Guanajuato; púsosela sobre la cabeza afianzándola con la mano hizquierda para que le cubriese el cuerpo; tomó con la derecha un ocote encendido, y casi á gatas marchó hasta la puerta de la Alhóndiga, burlándose de las balas enemigas. No de otra manera obrara un soldado de la décima legion del César reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo, y practicando la evolucion llamada de la tortuga. . . . *¡Pípila!* tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano; tú cubierto con tu losa, y armado con una thea, llamarás la atencion de las edades venideras, y recibirás el voto que se merece el valor denodado: quisiera tener la pluma hermosa de Plutarco para parangonarte con uno de sus héroes; recibe sin embargo mi pobreza, y el voto de mi corazon agradecido.” (1)

“Los españoles se defendieron en esta vez desesperadamente. Ellos arrojaban los frascos de hierro colado, en lugar de bombas que hacian espantoso estrago; mas como notase el sargento mayor Berzábal que ya se habian lanzado hasta quince de ellos sin lograr que los asaltantes retrocedieran, comenzó á exhortar á los españoles á rendirse. Entonces, de estos unos arrojaban dinero por las ventanas sobre la multitud; otros abandonaban las armas; otros querian morir antes que

(1) No se olvide lo que dijimos acerca de *Pípila* en la nota de la pág. 62.

entregarlas; quien tiraba la casaca; quien, se empeñaba en desfigurarse por no parecer soldado: todo era entonces confusion y desorden, no habia quien mandase ni quien obedeciese; cesó por tanto la defensa del fuerte, y á poco cayó muerto Berzábal de un balazo; desgracia que se atribuyó á uno de sus soldados resentido porque lo habia reprendido. Con gran trabajo se hizo entonces bandera de paz, bien que todavia no ardian las puertas del fuerte en el que cesó el fuego de fusilería. Por tanto se arrimaron á él los indios dándolo por rendido. Ignoraban los españoles de Dolores esto que pasaba en Granaditas, y continuaban disparando vivísimamente. El hijo del intendente sin poderlo contener, hacia por sí mismo gran daño arrojando frascos: á vista de esto gritaron todos como si los inflamase un mismo espíritu, *traicion! . . . traicion* y los jefes dieron orden de no otorgar la vida á nadie. Arrimaron mas ocote á las puertas, y las ganaron á viva fuerza á las tres y media de la tarde. La algazara era espantosa, y se oia en todo Guanajuato, multiplicándose su eco por las quiebras y cañadas: esto no menos que la humareda y alaridos de la multitud, acabó de acabar á cuantos se hallaban dentro del fuerte. Abrazábanse unos á otros de los sacerdotes, puestos de rodillas, implorando inútilmente la clemencia de los vencedores; pero estos, muy léjos de apiadarse, comenzaron á matar á cuantos encontraban; arrancaban á tirones la ropa á los moribundos, ó les echaban lazo al cuello con las hondas, y remataban á no pocos á lanzadas, exhalando estos sus últimos suspiros entre horribles gestos, mortales congojas, y agudos alaridos. Algunos intentaron defenderse, ó vender á precio alto su vida; pero eran vencidos luego por la muchedumbre que los cargaba. Los de la hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo; pero cuando iban en las caballerizas la echaron abajo los indios, y allí comenzó de nuevo la matanza. Refu-

giados los mas en la noria hicieron maravillas de valor; Iriarte, aquel Iriarte encargado por Riaño para observar los pasos del Cura Hidalgo, mató como diez y ocho hombres: otros se arrojaron al profundo de la noria, donde murieron ahogados, buscando en esta clase de muerte el alivio que no les permitia encontrar el acero ó la maza de sus airados enemigos.”

“A las cinco de la tarde terminó la accion, en la que murieron ciento cinco españoles, y casi igual número de oficiales y soldados del batallon. De los indios murieron muchos en casi cuatro horas que duró el combate que sufrieron con bastante cercanía del fuego: ignórase el número porque los enterraron en la caja del rio durante la noche, y solo parecieron cincuenta y tres que se enterraron á otro dia en la parroquia, y unos cuantos en S. Sebastian.”

“Basta por ahora: la pluma cansada de escribir tantas atrocidades se entorpece; démosle una corta tregua, y solo lamentemos la imprudencia de aquel castillo y de los que dieron la voz de... *morir ó vencer*, y compadezcamos una ceguedad tan fatal que trajo tantos males sobre nuestra América. ¡Oh! si Guanajuato no hubiera rompido esta lid!...; Si se hubiera conducido con cordura!...; Si los españoles hubieran calculado el estado de sus fuerzas, su impotencia para contener el curso rápido de una nacion que reclamaba con tanta justicia su libertad, qué diferente fuera nuestra suerte! Romper con un pueblo, muy poco cuesta; pero reconciliarse con él, restaurar y consolidar una amistad borrada por el odio. . . establecer una relacion íntima de hermanos, y tornar á amigos y enemigos en una sola familia, es cosa difícilísima; tales fueron las reflexiones que debieron hacer los que fueron requeridos con la paz.”

“Como yo he visitado estos lugares, la relacion que acabo de hacer á Ud. dejó gravada en mi alma una sensacion dolorosísima y profunda luego que la escribí: tan cierto es que la imaginacion domina la mayor par-

te de nuestros afectos y sentimientos. Sorprendióma el sueño meditando sobre ella, y se me figuró que veie entre aquellos cadáveres y miembros palpitantes, á los génios de *Cortés*, de *Alvarado* y de *Pizarro*, que se mecian despavoridos observándolos, y que lanzándose llorosa sobre ellos la América con voz terrible les decía...¿De qué os horrorizais á vista de estas víctimas? habeis olvidado las crueles matanzas que hicisteis tres siglos ha en Tabasco, en *Cholula*, en el templo mayor de México, en *Cuernavaca*?...Han desaparecido de vuestra memoria las ejecuciones de *Cuauhpopoca*, á quién quemasteis vivo? ¿El arresto de *Motheuzoma*, á quien debiendo la hospitalidad mas generosa, y que os cargase y abrumase con el peso de innumerables riquezas y tesoros, prendisteis en su mismo palacio, violando el sagrado derecho de la hospitalidad y por último le quitasteis á puñaladas la vida? ¿La tortura en que pusisteis, á *Cuautihmoc*, último monarca de este imperio, para que os diese el tesoro de su predecesor? Últimamente habeis olvidado que lo ahorcasteis en *Acatlan* juntamente con otros monarcas ilustres, sin mas causa que deshaceros de ellos, hecho de que os acusó vuestra misma conciencia, y por el que estuvisteis desabrido por muchos dias?... Ignorais acaso que en la balanza del gran *Teotloquenahuaque* (1) se pesaron estos crímenes, y que reservó su venganza para mis abatidos y esclavizados hijos, despues de tres centurias de años?... Ea, sus!... girad ya en torno del universo, y anunciad á los sangrientos conquistadores la escena que habeis presenciado: decidles que sean justos, que respeten á los pueblos inocentes, que no sean agresores ni abusen de su miseria y docilidad, pues....

De esta suerte sus crímenes injustos
Castigados serán, tanto por tanto,
Sangre con sangre, llanto en fin con llanto.”

(1) Lo mismo que el Dios por quien vivimos, somos y nos movemos, criador omnipotenté de todas las cosas.—Nota de Bustamante.

“Dada la idea de lo principal del ataque de *Granaditas*, es ya tiempo de descender á algunos pormenores, que den el último funesto colorido á este cuadro.”

“Muchos de los prisioneros salieron vivos, pero en cueros, y solo apareció entre ellos vestido el capitán *Pelaez* que tuvo arte para hacer creer á sus aprehensores que el Sr. *Hidalgo* lo queria vivo, y habia ofrecido 500 ps. al que se lo presentase de este modo: así es que por recabar el premio lo cuidaron mucho. Si entónces hubiera muerto, no nos hubiera hostilizado despues altamente. Tal es la recompensa que hemos recibido de muchos ingratos de esta calaña para quienes el perjurio ha sido una bagatela despreciable. Es inútil referir circunstanciadamente quienes fueron los principales heridos: basta decir que si estos escaparon en lo pronto de la muerte no escaparon de la prision; merézcamos una memoria el ascético europeo *D. José Miguel Carrica*, á quien, cuando lo desnudaron los indios, le hallaron el cuerpo ceñido con fuertes cilicios, hecho que les hizo arrepentir de haberle dado muerte, verificándose en él lo que el poeta dijo en estas sencillas palabras...*Nulla salus bello*: este azote de la cólera del cielo se rebata á lobos y corderos. *D. José Valenzuela*, natural de *Irapuato*, mostró tanto valor, que habiéndose quedado á caballo fuera de la *Alhóndiga*, recibió un garrotazo de los indios sobre quienes descargó sus pistolas; tiró del sable con el que mató á muchos: subió y bajó tres veces la cuesta de *Mendizábal*: sus enemigos metiéndole dos lanzas bajo de los sobacos, lo arrancaron del caballo, y viendo que ni aún así se rendia, lo llevaron preso y exhaló su último aliento en el camino, repitiendo con todo esfuerzo...*Viva España!* Este hombre hubiera muerto como los héroes de *Homero*, si no hubiera consagrado y perdido su vida en defensa de la mas injusta de las causas. Un indio sobre quien se lanzó un frasco de hierro colado, aunque habia visto el estrago que esta clase de bombas hacia sobre sus com-

pañeros, se abrazó de él y comenzó á tirar con los dientes de la espoleta alambrada para que no reventase. Inútiles fueron sus esfuerzos, porque el frasco reventó y lo hizo mil pedazos; mas esta desgracia no acobardó á sus compañeros que decían con fiada y con la serenidad de un festin... no hay cuidado...atras vienen otros... Este pasaje semeja en nuestra historia al ocurrido en 5 de Julio de 1775, en *Charles-Town*, en que un miliciano artillero á merced de igual diligencia salvó la vida de cuatro milicianos. Grabémosla en los fastos de nuestra gloria por mano de la libertad, como ejemplo memorable y nada comun del valor que supo inspirar á sus compañeros este indio benemérito, y como prueba de que los americanos á la vez son tan valientes y decididos, como los decantados europeos."

"Los cadáveres de estos que yacian en la Alhóndiga, se condujeron desnudos llevándolos entre cuatro, asidos de los piés y de las manos, y á algunos arrastrando hasta el camposanto de Belen, donde se enterraron sin mortaja ni vestimenta alguna; solo hubo una muy corta para el Sr. Riaño que apenas le llegaba á la espinilla: ni era posible hacer otra cosa en aquellas circunstancias. El furor de los indios era tal, que peligraba la vida del que hacia la menor demostracion de duelo. A una mujer le dieron una cuchillada en la cara, tan solo porque á la vista de un cadáver gritó desfavorida.....¡Ay pobrecito!

"Tal suerte cupo al Sr. D. Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, uno de los primeros intendentes de la creacion de Galvez, y de los magistrados mas recomendables que ha venido á la América. Reunía á un fondo de sabiduría y literatura la mas delicada, otro de rectitud á toda prueba y digna del siglo de Caton. Su casa era una academia donde se formaban sus hijos y sus amigos. En aquel santuario del honor, jamas penetró el oro corruptor, ni hizo bajar el fiel de la justicia que siempre administró con misericor-

dia. Riaño era popular, sencillo, modesto y accesible á todo miserable. El fué el primero que introdujo la policia frumentaria en Valladolid y Guanajuato, y con ella la abundancia. El hizo efectiva la teoria de Jovellanos, y á merced de la liberalidad de sus principios el mónstruo del hambre quedò ahogado cuando asomaba su deforme cabeza sobre Michoacan. Páguese, dijo, á veinte pesos carga de maíz, aun á los que piden diez por ella, y el interés individual excitará á tantos, que cada uno sacará á luz la semilla que oculta: así se hizo, y de esta ocurrencia resultó una inopinada abundancia, sin que fuese necesario que el brazo del gobierno rompiera las trojes y alfolís que ocultaban las semillas. El, el que modeló la bellissima Alhóndiga de Granaditas, donde se hallarian las gracias de la mas hermosa arquitectura, si se perdiesen en la América. El Sr. Riaño veía en grande, y desde su gabinete sujetaba con su crítica exacta á un menudo exámen á toda la Europa. Previó la suerte de este continente: fué víctima de su honor militar, y murió por el que le pagaba, como los suizos. Puesto á la cabeza de la administracion pública en cualesquier ramo, habria formado la dicha de su nacion. Tamaño astro estaba colocado fuera de la órbita sobre que debía girar. Amó á los Americanos, y como conoció sus derechos, fué el único gefe que en la lid de nuestra libertad se ajustó á los principios del derecho de la guerra y de gentes, y no los vió como á gavillas de asesinos y bandidos. Llore, pues, la América sobre la desgracia de un hombre tal, y sienta mucho que el pedestal augusto de sus triunfos esté zanjado sobre los restos y cenizas de un varon tan respetable. Para que nada falte á tan fiel retrato lo concluiré diciendo, que la naturaleza le dió á par de un grande ingenio un bello personal: su gesto y modo airoso anunciaba la linda alma que lo animaba."

"Junto al cadáver del intendente se hallaron once más; pero todos desnudos: lo mismo estaban en otros

cuartos de la Alhóndiga otras personas heridas, esperando por momentos la muerte: algunas se acurrucaron bajo de algunos muertos, y á merced de tal ardid salvaron la vida.”

“Mientras esto pasaba en Granaditas, se ejecutó el saqueo en las tiendas de ropa, vinaterías, casas y haciendas de platas de los españoles, operacion que duró hasta el sábado por la mañana, en que por bando se mandó con pena de vida que cesase; pero ya era tarde, y á pesar de la órden siguió en varias partes. En la noche del viérnes no se oian mas que hachazos para derribar puertas, barriles que rodaban, y tercios ó fardos de todas clases que pasaban por las calles. Descubriase multitud de gente en ellas con ocotes bebiendo con la mayor impudencia. Entre diez ó mas personas abrían un barril, y saciados y beodos derramaban el licor restante, ó botaban los frascos llenos. Mi pluma no acierta á pintar el ruido tumultuoso y los gritos del *quién vive?* la pestilencia de orines y licores. En este conflicto que apenaba el corazon del hombre mas apático, se anunció fuego por Belen: multiplicóse la grita y congoja de los ciudadanos á un punto indecible, pues creyeron que todo Guanajuato se abrasase; mas quiso Dios que solo fuese una casa quemada entre Belen y la Alhóndiga, y que el incendio se cortase con oportunidad. Al amanecer del sábado, la ciudad estaba inconfundible. Treinta y cuatro tiendas ya no existían ¿qué digo? hasta sus mostradores y armazones habían desaparecido. De las casas de los europeos estaban quitadas hasta las chapas de las llaves, vidrieras y balcones: una tribu de apaches no hubiera taládolo con mas ferocidad. No se veía en la calle ni una persona decente, ni mas objetos que gente armada: la voz de *muerte* se repetía por todas partes, y á pretesto de buscar españoles se entraban en las casas; no obstante, aunque sacaron á muchos de ellas se contentaron con apresarlos sin hacerles mayor daño. De este modo trajeron

á los de Valenciana y otras minas, donde igualmente hubo saqueo.”

“En este dia se vendian á precios muy ínfimos los efectos mas preciosos. Dábanse barras de plata á doscientos pesos: tercios de paño, por seis: de cacao, por cuatro: barriles de aguardiente, por cinco: peso de plata por seis reales: onzas de oro, por menos cantidad, pues á los indios les era desconocida esta moneda.”

1810.—29 de Setiembre.

El Sr. D. José Francisco Gómez es nombrado por Hidalgo, Intendente de la capital de Guanajuato y su provincia, y toma luego posesion de su empleo.

Otros nombramientos á mas de este se hacen por el jefe de la revolucion, siendo notables el de teniente letrado y asesor en favor del Lic. D. Carlos Montes de Oca, que fué mas tarde el primer gobernador del Estado: el de alcaldes cuya eleccion recayó en D. Miguel de Rivera Llorente y en D. José M^o Chico; el de coroneles de dos cuerpos de infantería, que lo fueron D. Casimiro Chowell administrador de Valenciana y D. Bernardo Chico, el de secretario hecho en el Lic. D. José M^o hijo de D. Bernardo y el de teniente coronel en D. José M^o Liceaga que hizo mas tarde un papel de primera importancia en la revolucion.”

Organizado el gobierno de la provincia se ocupó el vencedor en asegurar los frutos de su victoria, estableciendo una fábrica de cañones y una casa de moneda, sobre cuyos establecimientos dice Alaman (T^o 1^o pág. 448.) “La fundicion de cañones se encargó á D. Rafael Dávalos, alumno del Colegio de minería de México, que hacía su práctica en Valenciana y daba el curso de matemáticas en el colegio de Guanajuato. Diósele el empleo de capitán de artillería con el grado de coronel, y se destinaron á la fundacion las capellinas de las haciendas de los españoles. Los cañones resultaron muy

Tom. III.—P. 12.